

Alexander F. Skutch

ORNITÓLOGO de reconocido prestigio científico, Alexander F. Skutch es filósofo en el pleno sentido de la palabra. Vive retirado en el Valle de El General, al extremo sur del país, dedicado a estudiar la vida de los pájaros, en plena comunión con la naturaleza. De talante bueno, su especialización científica fue determinada por la norma de no privar de vida a ningún ser vivo. Su carácter reentrado, le mantiene retirado de la sociedad. Poseedor de una honda penetración, es un escritor de lengua inglesa de gran belleza.

Nació en Baltimore, Maryland, USA, en 1904. Doctor en Botánica en 1928 por la Johns Hopkins Univ. Desde 1930, dedicado a Ornitología en Centroamérica y desde 1935 residente en San Isidro de El General, Costa Rica.

Su formación de biólogo se trasluce en su filosofar como un trasfondo vivencial de amplias resonancias. Pero más bien lo considero como hombre poseído por el *thaumadsein* helénico, en candente perplejidad ante la naturaleza. Y así su obra filosófica es simultáneamente maciza y delicada, osada y congruente, sensitiva ante el dolor y estoica. Empleando una termino-

logía que supongo que no le gustará, diré que su filosofía es una visión racionalizada de la dialéctica biológica del cosmos (del "Ser Fundamental") en trance de progresiva espiritualización. De buscar un paralelo (no una influencia) lo hallaría en Hegel; y de buscar una influencia (no un paralelo) lo hallaría en Heráclito.

En contra de mi costumbre en esta obra, en lugar de ir haciendo yo un resumen a base de citas de sus estudios, transcribo un artículo suyo¹, en que resume su pensamiento.

Parte de las ideas apuntadas en este artículo corresponde a *The Quest of the Divine*, y otra parte a sus estudios de *Ética*. Lo hago así porque siento que un intento mío sería menos logrado.

Su título, "la Filosofía de la lealtad cósmica", corresponde exactamente a esta Filosofía, pues a la vez que una Cosmología es una *Ética* cósmica y en consecuencia un imperativo hacia el logro de una progresiva espiritualización.

LA FILOSOFIA DE LA LEALTAD COSMICA

MI inspiración en filosofía proviene directamente de sus fundadores, los griegos. En los días de su gloria en la antigua Hélade, la filosofía no era tanto un estudio académico como un modo de vida, seguido por hombres sinceros, quienes, en numerosas ocasiones, abandonaron su patrimonio o su profesión para buscar la sabiduría. En la tradición helénica, la filosofía es un intento de dar a la vida significación, coherencia, contemplándola en su integridad, y en relación con un todo mayor. La lógica y la semántica, que reclaman una porción tan grande de la atención de los filósofos

¹ Traducido por Maud Curling. En prensa en "brecha".

modernos, son instrumentos necesarios en la búsqueda de la verdad, pero no constituyen la meta de la filosofía como tampoco constituyen la meta de las ciencias los instrumentos de fabricación. Para proporcionar orientación en la vida, las grandes filosofías de la antigüedad, tales como la Platónica, la Peripatética y la Estoica, consideraron necesario desarrollar una cosmología, una antropología o doctrina de la naturaleza humana, y una ética. Mi principal esfuerzo en filosofía ha sido por derivar de una visión del mundo, una ética que se ajuste a los descubrimientos de la ciencia moderna. El filósofo, sin embargo, debe iluminar los descubrimientos puramente objetivos de las ciencias con la luz que ha recibido al examinar su ser interior, en cuanto sea accesible a la introspección. Tal escudriñamiento del ser revela un aspecto de la realidad que se mantiene velada para las ciencias físicas y aún para las biológicas.

"La primera gran perplejidad que confrontamos cuando tratamos de conocernos a nosotros mismos y al mundo en que vivimos es la relación de nuestra conciencia con nuestro cuerpo, de la mente con la materia. Tanto el punto de vista materialista de que la materia engendra el pensamiento, como el punto de vista idealista, que el pensamiento crea al mundo que llamamos material o al menos la apariencia de tal mundo, no son convincentes. Ninguna de estas doctrinas ha proporcionado una explicación clara de cómo el aspecto del mundo que considera primario produce sus otros aspectos. Esto nos lleva al dualismo, que asimismo es insatisfactorio, porque no explica cómo la materia y la mente interactúan.

"¿Tienen la mente y la materia algo en común? Contempladas como sustancias parecen tan inconexas, tan separada una de la otra e incapaces de afectarse

mutuamente, como se lo parecieron a Descartes y a sus seguidores. Pero si pensamos en términos de proceso en vez de sustancia, se hace evidente que el mismo proceso básico ocupa nuestras mentes, nuestros cuerpos y al Universo como un todo. Este proceso dominante del cosmos, que yo llamo *armonización*, es la construcción de los materiales del Universo en patrones de siempre creciente coherencia, complejidad y amplitud. Un ejemplo de armonización en gran escala es la condensación de la finamente difusa materia de una nebulosa en sistemas solares, cada uno de los cuales consta de un sol central emanador de calor, rodeado por planetas que giran a su alrededor con gran regularidad, con a menudo uno o más satélites o lunas. Un sistema solar es un vasto y coherente modelo que ha alcanzado tan grande armonía que persiste casi invariable por un período inmensamente grande, durante el cual la vida se levanta en la superficie de los planetas favorablemente situados.

“La armonía en pequeña escala está ejemplarizada en la unión de protones, neutrones y electrones para formar átomos, cada uno de los cuales es un patrón estable y coherente. Donde las condiciones físicas lo permiten, los átomos se ordenan en cristales, que son simétricos, perdurables modelos a menudo preciosos. Asimismo se asocian para formar moléculas, las cuales en un ambiente favorable, tal como la superficie de la tierra, llegan en forma creciente, a ser grandes y complejas hasta que por último la sustancia viviente surge.

“El crecimiento de un organismo, especialmente el de una planta autotrófica, es un perfecto ejemplo de armonización. La planta toma moléculas relativamente simples del aire, el agua y el suelo, y las transforma en las mucho más complejas moléculas de carbohidratos, proteínas y del protoplasma mismo. Con estos mate-

riales la planta forma un número siempre creciente de células, de las cuales su tejido está constituido. Estos tejidos a su vez están ordenados en órganos, que unidos forman el organismo vegetal, un complejo y creciente modelo que puede continuar creciendo por años. En un animal, incapaz de sintetizar su propio alimento de sustancias inorgánicas, la armonización se inicia con materiales elaborados, derivados de plantas y otros animales, pero el proceso es llevado a un nivel más alto que en las plantas; por lo menos en los más avanzados miembros del reino animal, los tejidos y órganos son más diversos que aquellos de los vegetales, y cada parte está en dependencia más estrecha con las otras. Un ser viviente contiene una mayor variedad de materiales, ligados en un modelo coherente, más que cualquier ente sin vida de tamaño comparable.

“El crecimiento de una mente, como el de su cuerpo, consiste en construir las relativamente simples contribuciones del mundo externo en modelos de siempre creciente coherencia, complejidad y amplitud. Una mente es nutrida a través de sus órganos sensoriales, como lo es un cuerpo a través de su boca y estómago. Incontables vibraciones luminosas percibidas por la retina producen una única sensación de color. Muchas excitaciones nerviosas son sintetizadas en una sola imagen percibida, tal como la de una piedra o una flor. De numerosas percepciones más o menos similares la mente deriva un solo concepto, tal como el de “color” u “hoja”. De simples ideas la mente procede a formar más ideas, hasta que finalmente ultima una visión unificada del mundo, una filosofía. La mente trabaja incansablemente para ordenar sus contenidos en un patrón coherente, porque la coherencia es su único criterio de la verdad, y sólo en la verdad queda satisfecha.

“No solamente estamos formados de cuerpo y men-

te por armonización; nuestros mayores esfuerzos son una continuación de este proceso formativo. En los esfuerzos prácticos tales como la fabricación de una máquina o la construcción de una casa, tomamos materiales de diversas fuentes y los ligamos en un todo coherente. Para crear belleza, el artista reúne diversos materiales, tales como color y forma, o una variedad de sonidos en un coherente y armonioso modelo. La moralidad es, en primer lugar un esfuerzo del individuo para ordenar todos los aspectos de su vida —sus pensamientos, palabras y actos— en un todo armonioso. Su felicidad depende de la armonía que logre. Por otra parte nos esforzamos en lograr concordia en las relaciones con todos los seres que nos rodean, de modo que cada uno pueda desempeñar su vida mientras ayuda, en lugar de frustrar los esfuerzos similares de los demás. Cuanto mayor sea el número y la variedad de los seres que viven en concordia, y más perfecta la armonía que logren, más exitoso juzgamos que es nuestro esfuerzo moral, más nos satisface. La moralidad es un estado avanzado en el proceso de construcción de los materiales del Universo en patrones de creciente coherencia, complejidad y amplitud.

“La moralidad, en sentido estricto, es un atributo del ser capaz de escoger deliberadamente entre rumbos previstos. No tenemos evidencia de que esta capacidad esté presente en alguna parte, excepto en los seres humanos. Sin embargo, puesto que nuestra moralidad es una fase de un proceso universal, que comenzó antes de que la vida surgiera, debemos reconocer una *moralidad* que ocupa el cosmos. Entre la moralidad cósmica y la moralidad específica del hombre, podemos reconocer la *protomoralidad* de los animales, expresada en sus numerosos modos de conducta, grandemente innatos, la cual promueve concordia entre los individuos

de una misma especie, y aun entre los de distintas especies.

“Es evidente que aquellos modernos pensadores que claman con desesperación que el Universo no provee guía y soporte para el hombre, no han comprendido el Universo. En nuestros más altos esfuerzos, estéticos, intelectuales y morales, simplemente llevamos a un nivel más alto el proceso universal que nos formó en cuerpo y mente. Si mantenemos la naturaleza de este proceso claramente ante la vista, muchas de nuestras perplejidades se desvanecerán.

“Mucha de nuestra confusión, duda y desesperación provienen de la contemplación de la gran cantidad de maldad existente en el mundo. La maldad es disarmonía por el dolor, sufrimiento y pérdidas que causa. Algunos filósofos tratan de desviar nuestra atención del mal llamándolo “irreal”, “mera apariencia”; “bondad en lugar equivocado”, y similares nombres eufemísticos. Yo creo que debemos admitir sin vacilación que el mal o demérito es tan real como lo bueno o con mérito, y que su suma es espantosamente grande. Entonces debemos tratar de descubrir cuanto mal puede surgir en un universo ocupado por un proceso que es constructivo, benéfico, y fundamentalmente moral. *El mal es un efecto secundario, que surge indirectamente de la intensidad de la lucha para alcanzar la bondad o mérito.* La armonización inicia tantos patrones, tan estrechamente relacionados, que, conforme crecen, inevitablemente entran en conflicto, compitiendo entre sí por el espacio y materiales necesarios para su acabamiento. De este choque de crecientes modelos con crecientes modelos surge en mucho la mayor parte del mal y sufrimiento que vemos, especialmente en el mundo viviente.

“La frustración y destrucción que surgen como

efectos secundarios de la armonización no demuestran que este proceso sea sin propósito, pero son evidencia de que no está dirigido por una Inteligencia benévola previsor. La armonización parece resultar de la lucha del Ser Primordial por realizar valores ocultos en él mismo. Esta lucha no fue al principio por realizar o alcanzar una meta prevista, sino una búsqueda a ciegas de la realización de sí mismo por el Ser Primordial. Antes de que la armonización pudiera ser dirigida hacia metas claramente previstas, tuvo que crear, lenta y penosamente, por un proceso de pruebas y errores, mentes capaces de concebir objetivos distantes y de planear su alcance. En este planeta, los hombres, o al menos algunos de los más avanzados están comenzando a adquirir la inteligencia, al lado del sentido de responsabilidad y la energía moral que la armonización necesita para sacarlo de algunas de las dificultades en que ha caído debido a la falta de una guía inteligente. Tal moral, e inteligentes agentes, son indispensables para guiar al mundo hacia una realización plena de las metas que desde el principio ha estado buscando². Si

2 En su estudio sobre *La Compasión* sostiene:

"Si se me pide que elija el día más importante de la historia del mundo, no vacilaría en designar el día en el cual por primera vez un animal, de cualquier clase, reprimió su apetito, o dominó su pasión, o se negó a sí mismo algún placer, en consideración a los sentimientos de alguna otra criatura, pues en ese día nació la compasión, y la moral reflexiva empezó a surgir de la moral no reflexiva que existe en el mundo y en la vida." "Ignoramos igualmente la fecha en que por primera vez un animal deliberadamente se negó alguna satisfacción inmediata a fin de obtener una ventaja futura, dando así origen a otra gran rama del esfuerzo moral, el interés por el propio perfeccionamiento."

"Señala la diferencia entre *compasión* y *lástima*. La piedad de sí mismo es vista como debilidad. "Nuestra piedad, ..., no debe sobrepasar nuestra beneficencia. Si somos sensatos, debemos prestar atención a los dolores del mundo en la medida en que los podemos disminuir. Frente al rigor de la naturaleza, justifica la compasión como comportamiento activo, independientemente de todo cálculo hedonista. Y ya sea que nuestro esfuerzo de vivir así para disminuir la suma de dolor o aumentar el total de felicidad de todas las cosas vivientes, cumpla su fin o fracase, es indudable que mejora nuestro propio carácter y nos proporciona paz espiritual."

los hombres despiertan a sus oportunidades y dedican sus inteligencias al servicio del proceso que los creó, un glorioso futuro nos espera. Si, por el contrario, los hombres egoísta y ciegamente se niegan a cooperar con la armonización, para el bien de su planeta como un todo, con la variedad de vida que soporta, el desastre agobiará al mundo viviente, incluyendo al género humano. Hemos llegado a un estado crítico en el desarrollo de este planeta, cuyo futuro se suspende en una balanza.

"Yo creo que podemos entender mejor nuestra propia relación con el Ser como un todo, y más fructíferamente realizar la parte que nos corresponde, si cada uno de nosotros se considera a sí mismo como una parte, como un *órgano del Universo*. Un órgano es una parte íntegra del organismo a que pertenece. Alejado de este organismo pierde todo su significado y cesa de vivir. Sin embargo, su valor, en el organismo, depende de tener una estructura y un modo de funcionar característicos de él mismo; un ojo, por ejemplo, sería inútil para la visión si se compusiera de piel y carne como el resto de la cara. Quien piensa en sí mismo como un órgano del Universo mantiene en mente con firmeza la verdad de su igualdad con el Ser como un todo, su universalidad, al mismo tiempo que es consciente de su diferencia con respecto al resto del Ser, su unicidad e individualidad. Este conocimiento simultáneo de su igualdad y diferencia es el fundamento firme de su vida espiritual. Perder de vista cualquiera de estos aspectos de nuestra característica situación, partes tan grandemente diferenciadas, es sentenciarnos a la esterilidad y frustración³. Entre las funciones que nos

3 Así se explica su *Crítica del humanismo*:

"Para el humanista, ..., la superioridad de la humanidad es, no sólo el único posible fin de nuestros esfuerzos, sino que la existencia del

Crítica del humanismo, "Rev. Filos. Universidad de Costa Rica",
I, 3 (1958), p. 253-262.

La compasión, "Rev. Filos. Universidad de Costa Rica", II, 6
(1959), p. 43-54.

Y otros numerosos artículos de Ornitología.

BIBLIOGRAFÍA

CARR, ARCHIE, en: "Rev. Filos. Universidad de Costa Rica", I,
1 (1957), p. 87-88.